

# **Guerra en el valle del Nilo preestatal: consideraciones desde la arqueología y la antropología.**

Gayubas Augusto.

Cita:

Gayubas Augusto (2013). *Guerra en el valle del Nilo preestatal: consideraciones desde la arqueología y la antropología*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/40>

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 6

Título de la Mesa Temática: Tensiones, conflictos y crisis en las sociedades del mundo antiguo

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Campagno, Marcelo; Di Bennardis, Cristina

**GUERRA EN EL VALLE DEL NILO PREESTATAL: CONSIDERACIONES  
DESDE LA ARQUEOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA**

*Gayubas Augusto*

*Universidad de Buenos Aires-CONICET*

*augustogayubas@yahoo.com.ar*

## I

Cuando en 1993, el historiador militar británico John Keegan escribió que la guerra debía entenderse, no simplemente como la mera continuación de las relaciones políticas con la interferencia de otros medios (según el clásico enunciado de Carl von Clausewitz), sino como “una expresión de cultura, a menudo determinante de formas culturales” (Keegan, 1993: 12), su interés radicaba en reconocer la presencia de prácticas de guerra en muy diversos contextos sociohistóricos y en problematizar el fenómeno en perspectiva histórica. Si Clausewitz se había interesado por realizar un abordaje teórico de la guerra centrado en los aspectos racionales vinculados estrictamente con los objetivos políticos de los Estados modernos, a Keegan lo movía un interés distinto: escribir una historia de la guerra que, valiéndose de las reflexiones de Clausewitz allí donde resultaran pertinentes, tomara a su vez los aportes actuales de historiadores, antropólogos, arqueólogos y otros estudiosos abocados al análisis de la guerra en las más diversas sociedades humanas, tanto antiguas como contemporáneas.

La crítica a aquel enunciado en particular de Clausewitz apuntaba, precisamente, a complejizar aquellas situaciones en las que la guerra habría tenido un fuerte componente cultural que, de acuerdo con el autor, negaría o relativizaría el papel de la decisión política (por ejemplo, el fundamento religioso-sacrificial de la guerra entre los mexicas, la predominancia de la tradición guerrera por sobre la innovación tecnológica y la eficiencia política entre los mamelucos de Egipto en el siglo XVI, la centralidad de las formas y del ceremonial entre los samuráis de Japón). En este punto, Keegan buscaba eludir lo que consideraba una consecuencia inconveniente del empleo contemporáneo acrítico de los enunciados de Clausewitz, esto es, la exclusión, en el análisis, de los enfrentamientos militares no definidos por servir a un fin político del Estado. Este alejamiento respecto del esquema teórico del general prusiano, le permitió al autor integrar en su abordaje a las sociedades no estatales estudiadas a partir de los registros etnográfico y arqueológico (comoquiera que concluyera adhiriendo al viejo esquema de la “guerra primitiva” como característica de las sociedades no estatales, contrapuesta a la “guerra verdadera” predominante en las sociedades estatales y, fundamentalmente, modernas).

Notablemente, sin embargo, el recurso a la dimensión cultural en el abordaje de las sociedades no estatales (aquellas organizadas a partir de pautas centradas en la ayuda mutua y en la reciprocidad, articuladas por los lazos del parentesco), parece presuponer cierto “apoliticismo”, o bien cierta inconsistencia de lo político, en este tipo de sociedades, lo cual de hecho justificaría la búsqueda de un fundamento *cultural* de la guerra denominada “primitiva” (una guerra situada “por debajo del horizonte militar”). Si partimos de otra percepción de lo político, menos apegada a la tradición estatal occidental y más atenta a otras formas de organización social, podemos volver en algún punto a Clausewitz.

En este punto es de interés el argumento formulado por el antropólogo Pierre Clastres, de acuerdo con quien “todas las sociedades, arcaicas o no, son políticas [...] el poder político es *universal*, inmanente a lo social [...] pero [...] se realiza principalmente de dos modos: poder coercitivo, poder no coercitivo” (Clastres, 2008: 20). En las sociedades no estatales (“contra” el Estado, en la terminología de Clastres), el poder es detentado por la sociedad, mientras que lo que define a las sociedades estatales es la monopolización del poder por un grupo, que impone su voluntad sobre el resto mediante el recurso a la coerción. Por lo tanto, “una sociedad apolítica ni siquiera tendría su lugar en la esfera de la cultura, sino que debería estar situada con las sociedades animales regidas por las relaciones naturales de dominación-sumisión” (Clastres, 2008, 19).

A partir de esta perspectiva del poder y de lo político (que Amedeo Bertolo vincula con cierta concepción del poder de Pierre-Joseph Proudhon, esto es, el poder como fuerza colectiva opuesta a la autoridad, siendo esta última la apropiación monopólica de esa fuerza colectiva; Bertolo, 1999), Clastres reflexionó sobre la guerra a partir de lo que Alfred Adler considera una “intuición”: que el enunciado de Clausewitz según el cual “la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político”, es tanto cierto para los Estados beligerantes modernos, como para las sociedades no estatales capaces de vivir en mayor o menor grado en autarquía (Adler, 2007). Así, pues, como “la política de los Estados es una política de poder que apunta a la dominación”, la política de las sociedades no estatales es una política de la fuerza que tiene como resultado “la salvaguardia o la afirmación de su independencia” (Adler, 2007: 167).

Este punto nos resulta de importancia para abordar la problemática que sigue (la guerra en el valle del Nilo preestatal), porque permite insertar las discusiones sobre la guerra no estatal en perspectiva histórica y antropológica, y sobre todo, porque al hacer

hincapié en la dimensión de lo político, habilita un tipo de lectura compatible con aquel camino definido por Eduardo Viveiros de Castro como “una lenta transformación de una imagen del Otro definida por la falta o la carencia, por su distancia privativa en relación con el Yo, en una figura de alteridad dotada de endoconsistencia, de autonomía en relación con la imagen de nosotros mismos y, como tal, dotada de valor crítico y heurístico para nosotros” (Viveiros de Castro, 2011: 316).

## II

Para dar inicio a este trabajo, conviene hacer dos puntualizaciones.

En primer lugar, cuando nos referimos al valle del Nilo preestatal, hacemos referencia a un espacio que va desde la segunda catarata del Nilo, al norte del actual Sudán, hasta el extremo meridional del delta, en el norte de Egipto, y a un marco cronológico que aborda una serie de situaciones comprendidas entre fines del período Paleolítico (c. 20.000-5.500 a.C.) y el período de surgimiento de los primeros Estados en el Alto Egipto (mediados del IV milenio a.C.). Lo que unifica, a nuestro entender, las situaciones estudiadas es un tipo de lazo social que no se deduce de las dinámicas posteriores (estatales), sino de los modos comunitarios de existencia, basados en la lógica del parentesco. De todos modos, en el presente trabajo el hincapié estará puesto en las sociedades del período Neolítico (c. VI-IV milenio a.C.).

El segundo elemento que conviene dejar en claro es la definición de guerra que empleamos a lo largo del trabajo. Y aquí nos encontramos con un primer aporte que nos ofrece la antropología. En efecto, tomamos la definición de guerra elaborada por el antropólogo australiano Mervyn Meggitt, quien a partir de una serie de observaciones etnográficas, mayormente entre los horticultores Mae Enga de las tierras altas de Nueva Guinea, propuso entender la guerra como “un estado o período de hostilidad armada entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad” (Meggitt, 1977: 10).

A nuestro entender, esta definición es importante en al menos tres puntos. El primero tiene que ver con que permite reconocer la presencia de guerra no sólo en sociedades estatales (esto es, sociedades caracterizadas por la existencia en su seno de un órgano de poder político independiente que monopoliza la violencia legítima), sino también en sociedades no estatales (sociedades en las que el poder habita en la totalidad del cuerpo social). En tal sentido, se contrapone a aquellas definiciones que circunscriben el

estudio de la guerra al conflicto armado entre unidades políticas centralizadas (Claessen, 2006), y que ubican a las sociedades no estatales en un universo de inferioridad caracterizado por situarse “por debajo del horizonte militar” (Turney-High, 1949; Keegan, 1993), en la línea de un pensamiento evolucionista del cual se deduce que estas sociedades serían primitivas *hasta* para hacer la guerra. La definición de Meggitt, en cambio, es compatible con los estudios que desde hace unas décadas apuntan no solamente a cierta recurrencia de prácticas de violencia externa entre sociedades no estatales de los registros etnográfico y arqueológico, sino también a la existencia de altos niveles de incidencia social de dicho tipo de violencia (Keeley, 1996), lo cual dificulta que se la reduzca a la imagen de simples “escaramuzas”.

El segundo elemento por el cual la definición de Meggitt de la guerra resulta de importancia y reviste particular utilidad para nuestro trabajo, lo conforma el hecho de que apunta, no solamente al acto violento del encuentro entre combatientes, sino al “estado de guerra” que atraviesa a las sociedades en su relación con los enemigos, y que escapa a las definiciones tradicionales que ven a la guerra como el enfrentamiento armado entre dos grupos organizados, o a las definiciones antropológicas que definen a la guerra como el “combate armado entre comunidades políticas” (Otterbein, 1973). La definición de Meggitt tiene la ventaja de reconocer tanto aquellas acciones violentas que no son propiamente batallas (raides, emboscadas, que de hecho suponen la forma más común de relación violenta entre comunidades no estatales), como aquellas prácticas no *violentas* (en términos físicos) que forman parte de la guerra, que *hacen* a la guerra (prácticas rituales, guerras mágicas).

Dejando para más adelante el tercer elemento por el cual consideramos importante la definición de Meggitt, conviene que nos insertemos a continuación en dos problemáticas que atañen propiamente al contexto histórico que nos ocupa. La primera tiene que ver con la identificación de guerra en el registro arqueológico, y la segunda con la identificación de posibles motivaciones para las situaciones de guerra registradas.

### III

Respecto de la primera problemática, los arqueólogos suelen sugerir una serie de indicadores para identificar patrones de guerra en el registro arqueológico que se podrían resumir en los siguientes: restos óseos con lesiones o proyectiles incrustados, fortificaciones y patrones defensivos de asentamiento, destrucción o abandono de sitios, armas y representaciones iconográficas (Ferguson, 1997). Como veremos a

continuación, la mayor parte de dichos indicadores se encuentra presente en el valle del Nilo preestatal<sup>1</sup>.

En relación con los restos óseos, en el valle del Nilo tenemos desde muy temprano evidencia que podría ser indicativa de prácticas de violencia bélica. El cementerio 117 de Jebel Sahaba, situado en torno a la segunda catarata del Nilo y datado hacia fines del período Paleolítico (c. 12.000-10.000 a.C.), contenía 59 cadáveres de los cuales al menos el 40% tenía puntas de proyectiles de piedra incrustadas en los huesos o bien dispuestas junto a los cuerpos, lo cual sumado a diversos indicios adicionales de lesiones en diversas partes de los cadáveres ha llevado a un consenso entre los investigadores respecto de que se trataría de un testimonio temprano de guerra (Wendorf, 1968)<sup>2</sup>. Para los períodos Neolítico y Predinástico, también fueron hallados testimonios osteológicos que podrían ser indicativos de la existencia de prácticas de violencia bélica, en concreto lesiones en cráneos que pueden vincularse con ciertas armas empleadas en la guerra y las llamadas “lesiones de defensa”, esto es, lesiones en los antebrazos que serían el resultado de un golpe sobre el antebrazo cuando éste estuviera levantado para proteger el rostro.

Por otro lado, también han sido identificados en el valle del Nilo patrones defensivos de asentamiento e indicios de fortificaciones. Respecto de lo primero, se ha sugerido que las áreas de residencia neolíticas situadas en el terreno ligeramente elevado a lo largo del borde del desierto, podrían haber tenido una finalidad defensiva, ya sea como refugios o como asentamientos más o menos permanentes que habrían significado un aprovechamiento de las condiciones naturalmente defensivas del terreno. Respecto de las fortificaciones, tenemos dos testimonios significativos. El primero de ellos es un modelo en arcilla hallado en Abadiya y datado hacia el período Nagada I (c. 3900-3600 a.C.), que representa a dos personajes (interpretados por algunos autores como guerreros o centinelas) apostados detrás de una muralla por encima de la cual parecen estar observando o vigilando (Hoffman, 1979). El segundo son los restos de un muro de adobe de dos metros de espesor hallados en el sitio de Nagada, al norte del complejo

---

<sup>1</sup> Para el abordaje de la evidencia de guerra en el valle del Nilo de los períodos que nos ocupan, tomamos como principal (aunque no único) insumo a Gilbert (2004). Vale aclarar que dejaremos de lado el indicador correspondiente al abandono o destrucción de sitios, no porque no haya evidencia de este tipo en el valle, sino porque dicha evidencia es escasa, problemática y tardía y su tratamiento excedería el objetivo específico de esta comunicación.

<sup>2</sup> Tampoco debe descartarse el hallazgo en Wadi Kubbaniya de un cadáver individual con puntas de proyectil incrustadas en sus huesos datado hacia 20.000 años atrás, aunque su vinculación con un contexto de guerra sea más problemática y por ello exceda el espacio que podemos dedicarles en estas páginas.

residencial conocido como South Town (Petrie y Quibell, 1896), datados hacia el período Nagada II (c. 3600-3300 a.C.) y cuyas notables dimensiones han conducido a algunos investigadores a identificarlos como los restos de una muralla con finalidad defensiva.

El tercer indicador arqueológico de guerra lo conforman las armas (Vandier, 1952; Shaw, 1991). En el valle del Nilo preestatal tenemos gran cantidad de vestigios de armas de piedra y de sílex. Las mazas, que aparecen recién hacia el período Neolítico, habrían tenido una función específicamente militar, pero las flechas, lanzas y hachas, presentes desde el período Paleolítico, pudieron servir a otros objetivos, como por ejemplo la cacería. De todos modos, ciertos estudios tipológicos sumados al hecho de que estas armas aparecen en representaciones iconográficas más tardías siendo empleadas en contextos militares, y el hallazgo de un sitio como el cementerio 117 de Jebel Sahaba con puntas de flechas incrustadas en huesos, sugieren que la presencia de estas armas en diversos contextos puede ser indicativa del ejercicio de prácticas de violencia bélica.

El último indicador que consideraremos son las representaciones iconográficas. En el valle del Nilo contamos con una serie de motivos pintados en vasos cerámicos hallados en tumbas y datados hacia fines del período Nagada I, que evocan escenas de violencia muy probablemente bélica: personajes destacados por su tamaño y su atuendo, sosteniendo con lazos o aprestándose a golpear con algún arma (probablemente una maza) a personajes de menor tamaño que podrían ser identificados como prisioneros. Estos motivos, leídos a la luz de evidencia iconográfica más tardía (en concreto, las representaciones del jefe o rey sometiendo al enemigo), permiten sugerir el sentido militar de las escenas evocadas.

Para concluir con este apartado, pues, consideramos que la evidencia presentada, evaluada en su conjunto, constituye un importante testimonio de la presencia de prácticas de guerra en el valle del Nilo preestatal. Ello nos conduce a la segunda problemática del presente trabajo, esto es, la identificación de causas o motivaciones para las situaciones de guerra registradas.

#### IV

Tal como reconocen algunos arqueólogos, así como los testimonios materiales proveen indicios sobre la presencia de la práctica de la guerra en determinados contextos sociohistóricos, “lo que no sobrevive [en el registro arqueológico] son los motivos,

causas, cursos y resultados de la agresión, al menos no de un modo directamente observable” (Carman y Harding, 1999, 3), motivo por el cual se hace indispensable, o cuando menos útil, recurrir a ciertas analogías etnográficas e históricas (Arkush y Stanish, 2005).

Por otro lado, hoy en día se está consolidando un cierto consenso respecto de que no es posible reducir la guerra no estatal a una única causa. Por eso se tiende a hablar de motivaciones o de factores diversos implicados. De todos modos, ello no implica que la multiplicidad de motivaciones pueda constituirse como una explicación en sí misma.

En relación con esto que venimos diciendo, resultan de interés las reflexiones vertidas por la arqueóloga Florencia Gordón (2011) sobre el problema de las motivaciones. La autora identificó distintos tipos de factores o motivaciones postulados por los investigadores, ya fuera que trataran con situaciones etnográficas o arqueológicas. Por ejemplo, para las situaciones etnográficas, las motivaciones postuladas por los investigadores tienen que ver a menudo con búsqueda de prestigio, cambios políticos, captura de mujeres o esclavos, venganzas, motivos ideológicos, obligaciones familiares, etc. En cambio, para las situaciones arqueológicas, los motivos planteados tienen que ver con deterioro ambiental, escasez de recursos, expansión territorial, presión poblacional, etc.

De acuerdo con Gordón, la articulación analítica de ambos tipos de factores resulta de interés dado que las constataciones arqueológicas permitirían dar cuenta de miradas de largo plazo que posibilitarían desentrañar causas últimas, respecto de las causas próximas que supondrían las motivaciones constatadas desde un punto de vista etnográfico.

Sin embargo, es indudable también el aporte que puede hacer el estudio etnográfico en la medida en que permite tomar en consideración no solamente motivaciones materiales, que tienen que ver con el tipo de evidencia que arroja mayormente el registro arqueológico, sino también motivaciones sociales, ideológicas y políticas respecto de las cuales el registro material puede no tener mucho para decir.

## V

Si volvemos al valle del Nilo preestatal, los testimonios con que contamos indican que hacia el período Neolítico, en concreto hacia el VI-V milenio a.C., se intensificó un proceso de aridización de la sabana circundante que fue dando origen a lo que son actualmente los desiertos oriental y occidental de Egipto. Este proceso coincide con

indicios de la existencia de movimientos de población de cazadores-recolectores (y quizás incipientes ganaderos) de los desiertos hacia el valle del Nilo, presumiblemente habitado por sociedades cazadoras-recolectoras y pescadoras, pero sin indicadores de presión poblacional ni de escasez de recursos, en un contexto geográfico de amplia disponibilidad de tierras y de recursos (Bard, 1994).

De todos modos, difícilmente podamos suponer que el proceso de aridización fue ajeno a los índices de violencia bélica que se testimonian en el valle del período Neolítico.

Como primera aproximación, podemos estimar que las cambiantes condiciones ecológicas y los subsiguientes movimientos de población pudieron crear un marco de imprevisibilidad y unos niveles de contacto intergrupar que pudieron incrementar las posibilidades de conflicto, tanto entre las poblaciones de los desiertos como entre éstas y los habitantes del valle.

En segundo lugar, si bien el contexto de amplitud de tierras y de recursos dificulta pensar en términos de circunscripción ambiental o de presión poblacional sobre recursos escasos, una posible lectura en términos de competencia por tierra o recursos puede ser sugerida *en la medida en que* se la piense inserta en una lógica cultural, vinculada con la propia estructuración sociopolítica de las comunidades (Hassan, 2002).

Por poner un ejemplo etnográfico, entre los Mae Enga de Nueva Guinea estudiados por Meggitt (1977), las guerras por tierras se enmarcan en una “percepción” de escasez que nada tiene que ver con una escasez “real” (según los parámetros del investigador occidental), sino con una cosmovisión que expresa una configuración cultural y sociopolítica, vinculada con el sostenimiento de la diferencia entre las comunidades y con la necesidad de afirmar la propia integridad y autonomía de la comunidad.

En el mismo sentido, un estudio transcultural determinó que allí donde se perciben nociones de guerra debida a accidentes ecológicos o a escasez, a menudo no son los desastres naturales y escasez “reales” (muchas veces, inexistentes) los que conducen a la guerra, sino el “temor a la naturaleza o a desastres impredecibles”, algo que estaría íntimamente vinculado con el temor o la sensación de amenaza respecto de los “otros”, es decir, las comunidades enemigas (Ember y Ember, 1994).

## VI

Esto nos lleva de nuevo a la definición de guerra de Meggitt. Decíamos que dicha definición resulta de importancia en al menos tres puntos. El primero tiene que ver con que permite estudiar la guerra en sociedades no estatales, sin limitarse a las unidades

políticas centralizadas. El segundo con que el énfasis está puesto en el “estado de hostilidad”, y no en el enfrentamiento armado puntual entre grupos organizados. Ahora bien, el tercer punto por el cual nos parece importante su definición radica en el hincapié puesto en las acciones de guerra como expresiones de la “política soberana” de la comunidad. Desde luego, este término moderno aplicado a sociedades no estatales busca referir a una identificación colectiva comunal y a un sentido de autonomía. Y aquí, el razonamiento de Meggitt se articula con la lectura de la guerra no estatal que hace Pierre Clastres.

En efecto, al constatar que la guerra era una práctica recurrente en las más diversas sociedades de los registros etnográfico y etnohistórico, y que los episodios de violencia bélica eran debidos a muy variables motivos, Clastres (2004) postuló que lo característico de la guerra en sociedades no estatales es que se fundamenta en lo que él llamó “lógica de la diferencia”, esto es, un sentido de permanente antagonismo entre comunidades políticas autónomas que contribuiría a la definición de cada comunidad en tanto totalidad indivisa (carente de un órgano de poder político independiente). Así, de acuerdo con Clastres la guerra sería uno de los mecanismos con que cuenta la sociedad no estatal para sostener la autonomía y la indivisión, al mantener a las comunidades en la dispersión y evitar así la centralización, y al materializar el contraste con las comunidades enemigas y contribuir a la definición de la propia comunidad.

Sin embargo, este antagonismo al que se refiere Clastres no puede sostenerse, a nuestro entender, solamente en una relación negativa con el exterior, sino también en una identificación interna en términos de parentesco. Pues es el parentesco, en tanto lógica de articulación social dominante de este tipo de sociedad, el que establece los criterios de pertenencia y de exclusión de los individuos respecto de sus comunidades (Campagno, 2002). De este modo, la guerra puede entenderse como la expresión extrema del antagonismo que está implícito en la identificación de parentesco.

## VII

Si volvemos nuevamente al valle del Nilo preestatal, esta lectura nos lleva a suponer que ciertos cambios climáticos (en concreto, el proceso de aridización que dio lugar a los desiertos circundantes) pudieron incentivar prácticas de violencia bélica, principalmente por la misma movilidad poblacional que contribuiría al contacto entre comunidades políticas autónomas, pero probablemente también por una motivación inmediata basada en una percepción de búsqueda o defensa de un territorio. Sin

embargo, este tipo de motivación posible, en un contexto carente de algún tipo de escasez o necesidad material, parece asentado más bien en un sentido de temor o inseguridad frente a los “otros” (no parientes), en ocasiones expresado como un temor a la naturaleza, pero inscrito en una percepción mutua de amenaza que constituiría el fundamento sobre el cual estallarían las situaciones de conflicto.

Para concluir, en un plano más general, este tipo de mirada, basada en los aportes de la antropología, nos lleva a sugerir que la guerra en contextos no estatales puede tener distintas motivaciones inmediatas (que, de hecho, es importante estudiar), pero que, en última instancia, se trata de una práctica con un fundamento sociopolítico, que reproduce un antagonismo asentado en los límites que impone el parentesco, y que, al hacerlo, opera como uno de los mecanismos que contribuyen al sostenimiento de la indivisión y de la autonomía de la comunidad.

### **Referencias bibliográficas:**

Adler, Alfred (2007), “La guerra y el Estado primitivo”, Abensour, Miguel (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires: Ediciones del Sol, pp. 163-188.

Arkush, Elizabeth y Stanish, Charles (2005), “Interpreting Conflict in the Ancient Andes. Implications for the Archaeology of Warfare”, *Current Anthropology* 46 (1), University of Chicago Press, pp. 3-28.

Bard, Kathryn A. (1994), *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield: Sheffield Academic Press.

Bertolo, Amedeo (1999), “Poder, autoridad, dominio: una propuesta de definición”, Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires: Altamira, pp. 75-98.

Campagno, Marcelo (2002), *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Barcelona: Aula Ægyptiaca.

Carman, John y Harding, Anthony (1999), “Introduction”, Carman, John y Harding, Anthony (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud: Sutton Publishing, pp. 1-9.

Claessen, Henri (2006), “War and State Formation: What is the Connection?”, Otto, Ton, Thrane, Henrik y Vandkilde, Helle (eds.), *Warfare and Society. Archaeological*

*and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus: Aarhus University Press, pp. 217-226.

Clastres, Pierre (2004), *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*, Buenos Aires: FCE.

Clastres, Pierre (2008), *La sociedad contra el Estado*, La Plata: Terramar.

Ember, Melvin y Ember, Carol R. (1994), "Cross-Cultural Studies on War and Peace: Recent Achievements and Future Possibilities", Reyna, Stephen P. y Downs, R. E. (eds.), *Studying War: Anthropological Perspectives*, Amsterdam: Gordon and Breach, pp. 185-208.

Ferguson, R. Brian (1997), "Violence and War in Prehistory", Martin, Debra L. y Frayer, David W. (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam: Gordon and Breach Publishers, pp. 321-355.

Gilbert, Gregory P. (2004), *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, Oxford: Archaeopress.

Gordón, Florencia (2011), *Dinámica poblacional, conflicto y violencia en el norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío : un estudio arqueológico*, La Plata: UNLP.

Hassan, Fekri (2002), "Conclusion: Ecological Changes and Food Security in the Later Prehistory of North Africa: Looking Forward", Hassan, Fekri (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*, Nueva York: Kluwer Academic Publishers, pp. 321-333.

Hoffman, Michael Allen (1979), *Egypt Before the Pharaohs*, Nueva York: Barnes & Noble.

Keegan, John (1993), *A History of Warfare*, Nueva York: Vintage Books.

Keeley, Lawrence H. (1996), *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford/Nueva York: Oxford University Press.

Meggitt, Mervyn (1977), *Blood is their Argument. Warfare among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*, Palo Alto: Mayfield.

Otterbein, Keith F. (1973), "The Anthropology of War", Honigmann, John Joseph (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Nueva York: Rand McNally, pp. 923-958.

Petrie, W. M. Flinders y Quibell, J. E. (1896), *Naqada and Ballas*, Londres: Quaritch.

Shaw, Ian (1991), *Egyptian Warfare and Weapons*, Buckinghamshire: Shire Publications.

Turney-High, Harry Holbert (1949), *Primitive War: Its Practice and Concepts*, Columbia: University of South Carolina Press.

Vandier, Jacques (1952), *Manuel d'Archeologie Égyptienne. 1. Les époques de formation. 1. La préhistoire*, Paris: Editions A. et J. Picard.

Viveiros de Castro, Eduardo (2011), “O medo dos outros”, *Revista de Antropologia* 54 (2), Sao Paulo: USP, pp. 885-917.

Wendorf, Fred (1968), “Site 117: A Nubian Final Palaeolithic Graveyard near Jebel Sahaba, Sudan”, Wendorf, Fred (ed.), *The Prehistory of Nubia*, vol. 2, Dallas: Southern Methodist University Press, pp. 954-995.